

Al margen del café

Enrique Díaz Álvarez

Hay escritores cuya amistad está destinada a convertirse en parte sustancial de su trabajo. Tal es el caso del escritor mexicano Juan Villoro y del autor catalán Enrique Vila-Matas. Este texto cuenta los pormenores de la filmación del documental donde se consignan las afinidades entre los dos narradores.

COARTADA SHANDY

Me confieso conspirador. Aun siendo agnóstico, creo que la simpatía que profeso hacia la narrativa de Enrique Vila-Matas es obra de la numerología. De otra forma, cómo calificar el haber encontrado *Historia abreviada de la literatura portátil* a los veintisiete años, el número *shandy* por excelencia. Me gusta pensar en esa coincidencia como una especie de señal, tan magnífica como inequívoca, de mi inevitable militancia portátil. Después de todo, como dijo Borges, toda casualidad es una cita.

El vínculo *shandy* lo he ido cultivando con el paso del tiempo a través de diversas experiencias y casualidades disparatadas. Supongo que un buen ejemplo para ilustrarlo es el pregón de San Jordi del año pasado. Gracias a Paula, una amiga que trabaja para la editorial Anagrama, pude colarme al tradicional discurso que inaugura las celebraciones de la fiesta catalana del libro. Ese 23 de abril de 2006, el invitado de honor era el gran Antonio Tabucchi, y el solemne Saló de Cent del ayuntamiento de Barcelona estaba repleto. Mientras la televisión catalana esperaba la entrada de Tabucchi, el alcalde y su amplia comitiva para transmitir en directo, nosotros, los que no deberíamos estar ahí, caminábamos desfachata-

damente hacia la segunda fila que por milagro parecía pertenecernos.

Al llegar, una edecán pidió nuestros nombres para ver cómo nos distribuía. Llegó mi turno: "Enrique Díaz", contesté sin vacilar. En ese momento ella miró su lista, pasó las páginas, volvió a mirar y me pidió que la siguiera. Los demás colados, incluida mi amiga, veían con sorpresa cómo la chica rubia me conducía hacia las curules de madera que rodeaban el podio. Al irme acercando, percibí con claridad cómo dos personalidades miraban



Fotogramas de *Café con shandy*



con escepticismo —o debo decir recelo— mis pantalones de mezclilla. Nos detuvimos, y la joven señaló mi asiento con un grácil movimiento de su mano derecha: “Aquí, por favor”. No podía creerlo, parecía el lugar de una infanta. Entonces observé que sobre el cojín de terciopelo rojo, de unos cincuenta centímetros de alto, había un papel que decía con letras mayúsculas: ENRIQUE VILA-MATAS. Sonreí. Era otra señal en clave *shandy*. Tomé asiento y, desde luego, él nunca apareció.

Para qué negarlo, la coartada vilamatiana me ha permitido perfeccionar el arte de la insolencia en Barcelona, la ciudad en la que vivo desde hace cinco años. Supongo que el comportarse como una máquina soltera no es ajeno a la excéntrica experiencia de *ser* mexicano. En todo caso, las novelas y los artículos dominicales de Enrique Vila-Matas forman parte de mi relación cotidiana con esta ciudad de belleza infalible. Y es que Barcelona es una mujer sentada junto a la ventana de un café con mucha luz. Una joven guapa y sola que te mira furtivamente mientras lee una revista de arquitectura contemporánea y juega con su cigarro. Una mujer que sólo te sonríe cuando se levanta a pagar su cortado descafeinado, y que te hace regresar siempre al mismo café.

Hago esta larga confesión para explicar el entusiasmo que me provocó la invitación de Margarita Heredia y TV UNAM para que dirigiera un documental sobre el autor de *Bartleby y compañía*. La idea del vídeo nació en sintonía con: *Vila-Matas portátil. Un escritor ante la crítica*, una antología que estaba preparando la Editorial Candaya.

El ofrecimiento de Margarita Heredia me tomó por sorpresa, primero porque había visto con detenimiento *México-Barcelona. Tránsito literario*, un documental sobre literatura y exilio que codirigí hace un par de años con Albino Álvarez, y segundo, porque estábamos en la boda de un amigo en común. Una boda con una barra ejemplar. No sé si fue debido al *gin tonic*, pero la sintonía era de ensueño. Ahí mismo quedó definido el eje del documental: todo giraría alrededor de una charla —de café y junto a una ventana con mucha luz por supuesto— entre Enrique Vila-Matas y Juan Villoro.

Como Rilke, *creo* en la noche. Ahí, en esa fiesta de verano, supe que las coordenadas eran perfectas. Dos bandas. Haría una lectura y un retrato particular de ese hombre felizmente raro y, al mismo tiempo, un homenaje a la ciudad mujer que nunca me ha dejado ir. Pedí otro *gin tonic*. Pensé que además reivindicaría todas esas horas que he pasado discutiendo en los cafés. Una gota de amargo de angostura en honor al festejado. Perdí la corbata prestada. Empecé a imaginarme el guión.

DOS PARA LLEVAR

La mañana del 19 de diciembre grabamos a Juan Villoro y Enrique Vila-Matas conversando en el mítico Café Bauma de la Diagonal. Un local que ha soportado heroicamente el embiste de una ciudad obsesionada con el diseño y las servilletas de plástico. Seguramente esa amable dejadez provoca que el Bauma siga siendo frecuentado por escritores como Joan de Sagarra, Ramón de España —al que casualmente grabamos en la barra— o Ignacio Martínez de Pisón. La elección de esa locación fue inobjetable, y es que además del *pathos* literario, el Bauma aparece narrado en el libro de ensayos que Vila-Matas tituló como *El viajero más lento*.

Aunque el tema de la conversación entre ambos escritores se centró en torno a la literatura y la crítica, en realidad fue mucho más. Esto lo atribuyo al hecho de que, además de grandes lectores, son buenos amigos. Es evidente que esa charla de café emana la complicidad sutil y el sentido del humor que sólo se comparte con quien se está cómodo. Ninguno tenía que demostrarle nada al otro. Aprovechando esas circunstancias, me limité a interrumpirlos una sola vez pensando en que, quizá de esa forma, ellos podrían olvidarse de que estaban siendo filmados.

A la distancia, creo que esa naturalidad me permitió apropiarme de la conversación del Bauma, deconstruirla en tanto texto, y con ello recrearla para hacer mi retrato sobre la figura de Vila-Matas. Esto es, sobre el escritor que alguna vez me hizo repetir como un poseso:

Haría una lectura y un retrato particular de ese hombre felizmente raro y, al mismo tiempo, un homenaje a la ciudad mujer que nunca me ha dejado ir.

“A una mujer no la conoces de verdad hasta que la tienes en contra”. Y es que al autor de *Hijos sin hijos* no se le subraya, uno más bien termina recortando una frase suya y se la adhiere. Literatura para caminar. Una maleta con rueditas. Si me preguntan, *Café con shandy* es una especie de homenaje a la literatura entendida como padecimiento, como impostura y como forma de filtrar la vida. La ficción como remedio universal.

Supongo que el documental saciará el morbo de algunos vilamatianos, y es que además de la célebre charla de café entre ambos escritores, se puede ver a Vila-Matas participando en un derbi literario de colección junto al espléndido Javier Marías o caminando por el barrio de su infancia —frente a la casa donde nació, parado en el punto exacto del paseo San Juan donde Vicente Rojo le descubrió que podía verse el mar, o recorriendo el camino que hacía diariamente de niño al colegio de los maristas— que relata en *Doctor Pasavento*.

UNA CASA PORTÁTIL

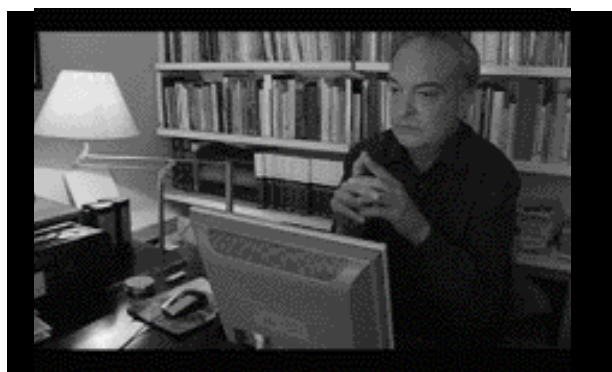
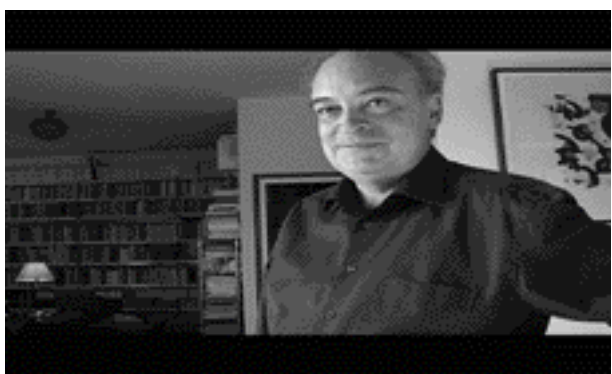
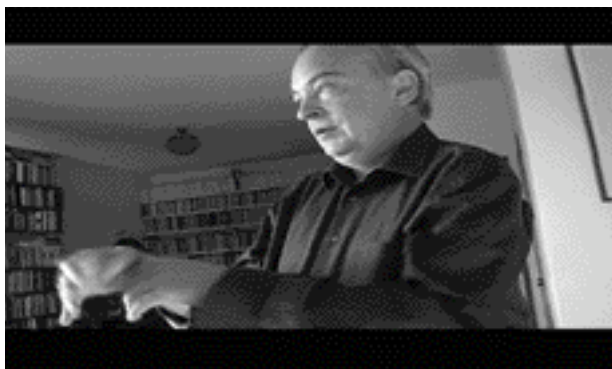
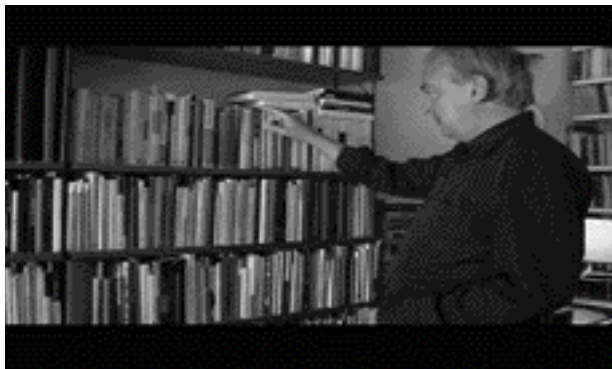
Mención aparte está su casa. Vila-Matas me había advertido que era pequeña, y que sólo podíamos ir en jueves. Creo que le tranquilicé al prometerle que, para grabarlo, únicamente seríamos tres personas y que todo estaría listo en un par de horas. Su departamento —situado en un sexto piso sobre la infame Travesía del Mal— es una especie de pecera que está inundada de libros. Un lugar

genial. Su espacio es perfectamente coherente con la clave portátil. Nada más entrar, pensé en Marcel Duchamp y su *Boîte-en-valise*. No es mentira, Enrique Vila-Matas vive en una casa maletín.

De los objetos que recuerdo —y que definitivamente hablan mucho del personaje—, están un póster de Kafka al que Vila-Matas le fue agregando algunas postales y fetiches diversos; la computadora que sustituyó a su legendaria máquina de escribir Olympia; una fotografía que muestra a George Antheil escalando la fachada de la librería Shakespeare & Company de París, para entrar a su departamento sin esa absurda necesidad de usar las llaves; una pequeña figura prehispánica que sacó de alguna visita a Xalapa; sus dos televisiones paralelas; el sillón favorito desde donde nos leyó pacientemente los pasajes que seleccioné de sus libros y, desde luego, esa ventana providencial que lo domina todo y que le permite ver, a lo lejos, el mar Mediterráneo.

Pese al caos aparente, la biblioteca tiene un orden secreto. Arbitrario y secreto como cualquier otra. A la derecha del escritorio, Vila-Matas guarda sus libros traducidos a veintiséis idiomas, desde el sueco al japonés. A mano izquierda, en cambio, están depositados algunos de sus autores de referencia. Recuerdo que en una esquina tenía a Augusto Monterroso acompañado por Antonio Tabucchi —del que casi tiene toda su obra—, y Peter Handke. A su lado todo Kafka. Arriba tenía a Bioy Casares y George Perec, éste último uno de sus consentidos. Más a la derecha estaba Raymond Roussel, Dalí y





junto a él Lichtenberg, Álvaro Mutis, Italo Calvino y André Gide. Más arriba se encontraban Julio Ramón Riveyro, Juan Benet, Baroja y Cela. Con este último se excusó divertidamente: “No me gusta pero le encontré este sitio y ahí se ha quedado”. Finalmente Malcolm Lowry, Octavio Paz. Mucho de Octavio Paz y Henry James. Libros, más libros. Mal de Montano por todas partes...

En otra parte de la biblioteca estaban su querido Sergio Pitol, Robert Walser, Witold Gombrowicz y Juan Villoro, entre otros escritores latinoamericanos. Mientras yo observaba una foto de Paula de Parma y seguía espiando sus objetos personales —cómo hablan esas cosas que decidimos guardar— pensé que toda biblioteca es una especie de cementerio particular. Uno decide a qué muertos visitar, cómo y junto a quién honrarlos.

Quizá mi momento favorito del rodaje en su casa fue cuando Vila-Matas sacó del librero su ejemplar de *Los detectives salvajes* y me lo mostró como suponiendo que me gustaba Bolaño. “Más que leído”, dijo mientras yo observaba las numerosas notas que se desparramaban entre las páginas de esa emblemática novela. De forma espontánea Vila-Matas leyó en voz alta la dedicatoria de Bolaño: “Para Paula y Enrique, amigos ejemplares, por decir algo, pero en realidad mucho más. Un fuerte abrazo. Roberto. Diciembre del 98”. Se lo pedí, y lo dejó en mis manos. Después, un bonito silencio.

Cuando terminamos de grabar algunos detalles de su biblioteca, bajamos a tomar un café y terminamos comiendo un menú en el restaurante Salambó del barrio de Gràcia. Ahí, junto con Patricio Suárez y Eduardo Durand —camarógrafo y sonidista respectivamente— hablamos de *El año pasado en Marienbad* de Alain Resnais, de las propiedades de la tarta de Santiago, del aburguesamiento del Barça de Rijkaard, o de la soberbia pregunta que el joven Vila-Matas le lanzó —al final de una entrevista que le había encomendado la revista *Fotogramas*— a una famosa y bellísima actriz de la posguerra española: “Y, para terminar: ¿usted está enamorada de mí?”. Nunca un económico: “No” me hizo reír tanto.

Ya en el postre, Vila-Matas nos contó detalles sobre *Fin de verano*, el cortometraje que dirigió en Cadaqués cuando era joven, y aproveché para preguntarle si era cierto eso de que decidió ser escritor porque vio a Mastroianni en *La notte* de Antonioni. Él lo negó con una media sonrisa:

En realidad cada día tengo una respuesta distinta, porque uno nunca sabe exactamente el origen del momento, la hora, el minuto o el segundo en el que decidió escribir. Y voy variándolas, porque son múltiples los hechos que fueran provocando que acabara siendo escritor.

Pese al caos aparente, la biblioteca tiene un orden secreto. Arbitrario y secreto como cualquier otra. A la derecha del escritorio, Vila-Matas guarda sus libros traducidos a veintiséis idiomas.

Al salir a la calle, le pregunté si quería agregar algo más. Teníamos la cámara encendida. Vila-Matas guardó silencio, miró calle abajo y después de ocho segundos largos dijo con esa voz grave que funciona tan bien para la *voz en off*: “No, soy partidario de que en el montaje desaparezcan mis palabras”. Fin de rodaje. Nos despedimos. Inevitablemente pensé en Blanchot, en Robert Walser y demás artistas de la fuga. Desaparecer sus palabras. Todo cuadraba. *Café con shandy* explotaría los límites de lo real, lo híbrido y lo lúdico de su narrativa. Pensé que todo tendría que *bailar en la frontera con lo ficticia*. Ahí tenía la clave para explotar su timidez intrínseca, la ironía y el sentido del humor de un esgrimista nato. Al día siguiente, nos encerramos más de dos meses en la sala de montaje. Mucho café y galletas de limón.

Felizmente el proyecto se materializó. El libro editado por Margarita Heredia —con el documental incluido y coproducido por TV UNAM—, fue presentado el 12 de abril en una librería del centro de Barcelona. Llovía. Los amigos de la Editorial Candaya me obsequiaron un ejemplar de *Vila-Matas portátil* y el autor de *El viaje vertical* llevaba puesto el mismo abrigo del rodaje. Brindamos.

Por algunos días me desintoxiqué del proyecto. Fui al cine, vi fútbol con cerveza, y aprendí a cocinar unas

lentejas decentes. La vigilia terminó un domingo cuando tomé la antología crítica y descubrí una frase firmada por Juan Villoro —supongo que no podía ser otro— que bien podría haber funcionado como epígrafe del documental: “Leer a Vila-Matas es transformar las citas en experiencia”. Me quedé maravillado por el eco, la resonancia precisa. Esa frase de Villoro, junto a *Una maleta shandy*—el prólogo de Margarita Heredia— me hacen pensar que el azar, más que un guiño aleatorio, es una co-incidencia. Pero mejor me detengo, estoy empezando a explicar el documental; nada más lejos de lo que pretendo.

La razón de que prefiera limitarme a compartir la experiencia detrás del rodaje es sencilla: creo que *Café con shandy*, afortunadamente, se me sigue escapando de las manos. Al escribir voy entendiendo algunas decisiones que tomé por impulso o mera intuición. El sentido de una obra siempre está al margen del autor. Ahí radica el placer de hacer algo así. Esto no es nuevo, la falta de autoridad sobre la propia criatura ha sido explicada sobradamente por autores como Roland Barthes o Umberto Eco. Ya se sabe que el círculo siempre lo cerrará el lector o el espectador. Es decir, *otro*. Aunque sea el *yo* que lo ve ahora, en la torpe televisión de mi departamento. ■

